

su literatura que está viviendo uno de sus momentos más álgidos y esplendorosos. Mayra Montero, Zoé Valdés, Pedro de Jesús, Reynaldo Arenas, Pedro Juan Gutiérrez, Carlos Victoria. y Abilio Estévez, son algunos de los nombres más representativos. Todos estos novelistas tienen algún recuerdo de la entrada de Castro en La Habana el 1 de enero de 1959; todos hacen una narrativa crítica con el sistema pero estilísticamente exquisita y sugeridora; casi todos han abandonado la isla por diversas razones pero que podrían resumirse en la palabra «dificultad» para escribir, publicar, sobrevivir y todos sostienen que es esta situación límite la que ha generado esta ola de magníficos escritores que, gracias a la literatura, afrontan y se sobreponen a lo inmediato, a «una situación de marginalidad y pobreza, pasándose libros de mano en mano», como ha confesado el escritor Arturo Arango.

Después de *Tuyo es el reino*, primera novela de Abilio Estévez que arrasó en la Feria de Francfort por su capacidad de mostrar la realidad y el mito, nos llega *El horizonte y otros regresos*, un conjunto de nueve intensos relatos, algunos de los cuales fueron redactados simultáneamente a la escritura de la novela mencionada «para llenar los momentos de fatiga o esterilidad o desánimo que le provocaba la redacción de *Tuyo es el reino*». El propio novelista ha confesado que

estos relatos pueden articularse en torno a dos fechas: mediados de los 80 y, los más actuales, hacia 1996. Todos mezclan lo cotidiano y lo fantástico con diferente intensidad en el nexo de unión con la realidad, una realidad cubana centrada en La Habana. Una isla que ya no es fabulosa, ni paradisiaca, ni deslumbrante por su luz, ni por su naturaleza, ni sensualidad; ahora es un espacio claustrofóbico, vacío, con las casas cerradas a cal y canto, un engaño de los sentidos. De hecho un personaje afirmará que La Habana no existe mientras que Sevilla sí porque lo ha soñado. Sólo existen el mar, tenebroso, obsesivamente presente, y la lluvia, tan pertinaz, que hace desaparecer el paisaje.

Es a través de la fantasía, lo alucinatorio y lo onírico como Estévez trasciende el encierro de su referente cubano. En todos los relatos algo extraño sorprende e irrumpe en lo prosaico y en lo cotidiano alterando el orden inexplicablemente, creando un clima de máxima tensión, en donde las cosas no son lo que son, instaurándose la duda, incluso para el narrador que no sabe si «amanece o no amanece», o si «del techo cae arena, o no es arena sino lluvia, o no es lluvia sino el viento frío». Los personajes que circulan por estas páginas son seres atormentados, llenos de miedo, solitarios, sombríos, a veces, vienen del otro mundo para deshacerse en «una nube de cenizas». No hay discurso

político, Abilio Estévez es un continuador de la frase de Stendhal, recogida en su primera novela, «la política produce en literatura igual efecto que un pistoletazo en un concierto». Tampoco hay denuncia, pero sí un pesimismo desolador en esa fugacidad de lo extraordinario, de la felicidad y de lo hermoso, y en esa certidumbre de que «la muerte es más importante que la vida» en este «planeta infeliz».

Destaca, también, en este conjunto de relatos el acentuado sentido artístico, mucho más contenido que en *Tuyo es el reino*, su indudable calidad literaria, su compleja estructura, su cronometrado estilo, cierta dificultad debida, quizá, al interés que despierta en su autor la literatura que ofrece cierta resistencia, su forma impecable, su variado registro lingüístico que integra lo onírico y lo lírico. Abilio Estévez no hace concesiones, nada en su obra es gratuito, él es el demiurgo absoluto como lo demuestra el uso de la omnisciencia y su fina ironía metalingüística. De nuevo nos encontramos con referencias literarias y musicales en una narración en la que nada es lo que parece porque «verdad y mentira dejaron de diferenciarse, a lo sumo existe una distinción que carece de importancia», en un espacio, Cuba, que no es «un país en el que estamos viviendo, es un país en el que estamos sufriendo /.../ Está en nuestras vidas de un modo muy extraño», como ha declarado el

autor de *Tuyo es el reino*. La realidad es burlona y engañosa por eso; como dice uno de los personajes «nada es un error y todo lo es».

La influencia de Lezama Lima, Virgilio Piñera y Reinaldo Arenas no deja de gravitar en estos nueve relatos cuyo horizonte es la sed de infinito, el ansia de traspasar el límite que sienten sus personajes con el fin de vencer la fatalidad, en definitiva «el horizonte como amenaza y lugar de promisión».

Milagros Sánchez Arnosi

El enigma de Jicotencal, Alejandro González Acosta, México, U.N.A.M., 1998

Debemos al profesor González la mejor, más documentada y hasta ahora acertada investigación sobre el problema histórico y literario suscitado por el héroe Xicotencal, famoso personaje tlaxcalteca que se opuso a la alianza de su pueblo con Cortés para derrotar al imperio mexicana, y que más tarde cambió de parecer, se rindió ante Cortés en septiembre de 1519 y acompañó al conquistador extranjero cuando entró en Tenochtitlán. La historia cuenta también que, tras el suceso, reconsideró su postura y regresó a Tlaxcala para volver a hacer frente al invasor. Descubierta por Cortés, fue finalmente ahorcado en Texcoco.

Acosta, Académico de la Lengua Española en Cuba, actualmente profesor de literatura hispanoamericana en la UNAM y miembro del prestigioso Seminario de Cultura Literaria Novohispana de México, ha conseguido esclarecer algunos aspectos que se hallaban todavía muy difusos en cuanto a la autoría y las características de una de las primeras novelas históricas de América, a pesar de que estudiosos de la talla de Read, Luis Leal, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert, Rojas Garcidueñas, Vicente Lloréns o Alexis Márquez han aportado datos interesantes y han aventurado hipótesis nada despreciables durante largos años de investigación sobre el tema.

El libro tiene, a mi juicio, dos virtudes fundamentales: el estudio riguroso, completo y ordenado de todo el problema planteado sobre bases históricas y literarias, y la formulación de una tesis clara y bien defendida: la autoría de la obra por parte del cubano José María Heredia. Además, cuando se trata de refutar tesis contrarias, González sabe hacerlo con aportes documentales, argumentos de peso y respeto a las opiniones de los grandes maestros.

La obra consta de cinco capítulos. Los tres primeros analizan exhaustivamente los materiales que el investigador necesita para llegar a su descubrimiento, y los dos últimos concluyen la cuestión,

tratando de dar por terminada la discusión sobre la autoría de *Jicotencal*. El primer capítulo resume las principales teorías sobre la novela histórica como género, su aplicación a la literatura hispanoamericana del XIX y la inclusión de *Jicotencal* en ese molde como obra primeriza. El segundo trata la figura de Xicotencal como personaje histórico y su aparición en multitud de crónicas, y el tercero estudia con minuciosidad las dos primeras novelas escritas que dan protagonismo al héroe tlaxcalteca: la de Filadelfia (1826), publicada sin firma de autor, claramente anti-española, con una crítica feroz a la conquista y sobre todo a Cortés, y la de Valencia, firmada por Salvador García Baamonde, que «parte de una voluntad expresa de refutar lo señalado en la otra y reafirmar los sólidos valores del conservadurismo español frente al liberalismo hispanoamericano» (103).

En el cuarto capítulo se desarrolla el cuerpo fundamental de la tesis de González Acosta con respecto al *Jicotencal* anónimo de 1826. Frente a las tesis que conceden la autoría a un español, un mexicano, un cubano o incluso a algún autor concreto como Félix Varela o el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, González propone radicalmente la autoría de José María Heredia. Después de examinar minuciosamente y refutar las tesis anteriores, elige al cubano aduciendo un mon-

tón de pruebas y especulaciones bastante coherentes y verosímiles. Ya en febrero de 1992 había dedicado seis artículos del periódico mexicano *unomásuno* a la cuestión pero es ahora, con mayor número de datos, cuando se ha encontrado en disposición de aportar conclusiones definitivas. El héroe Xicotencal causaba molestia en la península, pero en Cuba (todavía colonia en 1826) era símbolo de libertad e independencia. Heredia había vivido en México de pequeño y volvió en 1825, después de haber estado casi dos años en los Estados Unidos, tras huir de la isla. El liberalismo exaltado de la obra y su intenso lirismo la hacen muy cercana a la estética de Heredia. Además, el cotejo del estilo de la novela con otras obras de Heredia, profusamente realizado por González, acercan mucho el Xicotencal y

los tlaxcaltecas, y que en USA trabó amistad con Varela (el cual nunca escribió novelas), visitó Filadelfia y conoció probablemente a Stavelly, el editor que imprimió la novela, etc.

Estos datos y otros más sutiles, junto con una serie de hipótesis inteligentes, acercan la autoría al poeta cubano, mientras que el exhaustivo estudio del estilo en los capítulos 4 y 5 evidencian algo que hasta ahora no había sido presentado con tanto orden y claridad. Por eso hay que recibir con muchísima atención este libro de González Acosta, ya que ha de ser a partir de ahora referencia obligada en cualquier estudio sobre la novela histórica hispanoamericana de la primera mitad del XIX.

Ángel Esteban